

Cuentiembre. Dr. Spencer Black

Albert Gamundi Sr

Image not found.

Capítulo 1

#Cuentiembre

#Albert Gamundi Sr.

2ndo relato

Dr. Spencer Black

Se sirvió su tercera taza de café con la elegancia que le caracterizaba. Eran cerca de las seis de la tarde y el sol se escondía en el horizonte. - Una pena que no pueda saborear esta puesta de sol como yo, señor alcalde-. Satirizó la situación el doctor Black. El político se tambaleaba en una incómoda silla de madera, tenía la boca y los brazos atados, delante suyo, a unos pasos y sin que pudiese alcanzarlo, se encontraba un cuchillo que le podría suponer su liberación, una taza de café frío y un par de galletas para acompañar a su captor. Spencer Black, un joven veterinario que consiguió graduarse en la universidad a una edad temprana, a través de la cual se especializó en arcnología, estaba resentido con el alcalde. En primer lugar porque nunca aprobó la relación con su hija Patricia, hecho que no encajó bien con los delirios de grandeza de Black, mientras que en segundo lugar el alcalde salió impune de varios casos de prevaricación, cohecho y favores que hizo a familiares y terceros.

El doctor Black nunca estuvo interesado en la política, en lo personal no le importaría ver el mundo arder, pero él no se consideraba un justiciero o un héroe. Después de dedicar años de estudio de los primates, Spencer presentó los resultados de sus investigaciones a un proyecto de beca en el ayuntamiento. A pesar de seguir al pie de la letra todas las directrices del concurso, el premio de la beca fue otorgado a un sobrino del alcalde, el cual presentó una sencilla investigación sobre el comportamiento de los gatos con desconocidos. - Señor alcalde, no me ha hecho el honor de hincar el diente a su última comida, su reloj de arena ha sido vaciado completamente-. Anunció el veterinario tomando una jeringuilla que tenía preparada en un botiquín. - Si tiene algo que decirme, hágalo ahora o calle para siempre, nunca mejor dicho-. Bromeó en un tono maquiavélico. - Maldito enfermo, la policía te encontrará hará que te pudras en la cárcel-. Gruñó el alcalde una vez le retiraron la venda de la boca. - Habrías sido un cuñado ejemplar para mí, pero mírate, solo eres un viejo cascarrabias incapaz de suplicar por su vida, ¿cierto?-. Fue la respuesta del joven resentido.

Después de escuchar sus últimas palabras le inyectó la solución médica con gasolina en una vena, lo había estudiado todo para que llegase al corazón y lo matase. El señor alcalde se continuaba tambaleando en la silla, ahora con un furor propio de una fiera encarcelada por primera vez,

arrancada de su sábana natal para servir en un circo. Para la crueldad del doctor Spencer Black, aquel espectáculo no era demasiado distinto. Fuera, en lo alto de la montaña el sol ya había desaparecido completamente, siendo los últimos rayos de éste, los residuos de la vigilia. - Pensando en residuos, creo que debería preparar la disolución de su cuerpo en la bañera del patio trasero-.

Black se sentó en el balancín del portal de su vivienda.

Un breve paseo acompañado por estatuas inspiradas en el mundo clásico y unas pocas flores de maceta cerraban la decoración del jardín. Como mascota tenía a Rufus, un perro que recogió de la calle, el cual se regocijaba revolcándose en el césped cada vez que sonaba el Parsifal de Wagner. Su peludo compañero corrió a su encuentro nada más verle sentado en el balancín. El perro era buen conocedor de la tradición de su dueño, sentarse en el balancín era señal para que Spencer pusiera una galleta para perros en sus fauces. El crujió de la pasta entre los dientes del perro daba satisfacción al joven doctor, esa misma noche cumpliría un cuarto de siglo de vida, como invitado tenía a su amigo para el que cocinaría un plato de carne sin salsas. - Rufuuuus, maldito goloso, esta noche te vas a chupar las patas con lo que te voy a preparar-. Advirtió al perro antes de levantarse del balancín para resguardarse del frío en la casa. Cuando regresó a dentro el alcalde había pasado a ser un cadáver. El veterinario tomó la silla sin desatar a su invitado, lo arrastró por la sala y nalmente lo arrojó a la bañera excavada en la tierra.

Después se puso una mascarilla para protegerse de los gases, finalmente lleno el recipiente con ácido de unos bidones. El último contacto que el asesino tuvo con el difunto fue a los ojos, en unos había miedo y desesperación, en los de Spencer solo justicia. El contacto visual fue corto, el humano regresó a la cocina abandonando al difunto en su tumba, su compañero peludo esperaba un delicioso manjar. Spencer se quitó la mascarilla y se higienizó con su jabón especial antes de tocar la comida del perro. Encendió la radio para alimentar su ego escuchando noticias de sus crímenes. - Buscan al asesino de dos jóvenes estudiantes aparecidos en el fondo de ese callejón-. Yo os lo diré queridos periodistas, ellos se mataron con mi droga, conseguí crear un producto capaz de destruir su instinto de supervivencia-. Habló para sí mismo. - Querido amigo, no hay nada peor que la dependencia de algo-. Le dijo a Rufus que lo miraba con los ojos saltones. Spencer cortó carne de estofado en pequeños tacos, los mezcló en una pequeña sartén con poco aceite a fuego lento. Él se sentía conmovido por cada reporte sobre asesinatos que se daba en la ciudad. La música de opera era para él un acto que acercaba la grandeza del ser humano a los talentos de Apolo, el dios grecorromano de la música y las artes. - Sabes Rufus, no me gusta matar por el simple hecho de hacerlo, creo que como ser intelectual que soy, tengo la obligación moral de

limpiar la escoria-

Spencer solía hablar en voz alta dentro de la cocina, era su pequeño refugio de paz en un mundo que se carcomía a si mismo en sus luchas de poder clandestinas.

El gran y peludo can trataba de escalar las piernas de Spencer con las patas, deleitándose con el olor de la carne. El veterinario movía el mango de la paella con habilidad, mientras que con su mano libre movía la carne con un útil de madera. En la radio continuaron dando reportes de violencia urbana y vandalismo. - Los hinchas de siempre dando por el culo, mientras el difunto alcalde y sus tenientes les exprimen, que tristes vidas-. Spencer tomó una copa del compartimento que se encontraba sobre su cabeza. Después dejó la paella en el fuego y tomó una botella de vino de la despensa que se encontraba al lado del frigorífico. Llenó su copa de vino hasta la mitad del recipiente. Agitó ligeramente la copa antes de oler y catar el vino. - No es un gran reserva, pero para embriagarme nunca es mala opción.

Black terminó de cocinar la comida de su compañero mientras saboreaba el vino de gusto amargo. - Dulce como el ponche de rosas, amargo como el vino-. Murmuró después de tomar el último trago que quedaba en la copa. Tomó el bol de comer de Rufus y descargó allí los 200g de carne que cocinó para el animal. La colosal bestia no tardó en abalanzarse sobre la comida con los ojos abiertos y ansiosos. - Que te vaya de gusto Rufus-. El perro gruñó tras recibir unas palmadas de Spencer en la espalda, era su momento y nadie se lo podría arrebatarse.

Esa noche el joven se quedó dormido en su butaca frente al fuego, observaba las llamas como si fueran bestia salvajes que crepitaban. Se fortalecían cuando llegaba nueva leña seca a sus fauces y se crecían por segundos con cada mal trago de vino. El paladar del joven de aires aristocráticos empezó a aborrecer el vino por esa noche. Así, con la luz de las llamas apagándose y Rufus tirado delante de la chimenea, el joven entró en el mundo de Morfeo acompañado por la bebida de Baco.

La noche se convirtió en un solo descanso para su mente atormentada, cuando levantó la cabeza advirtió que llegaba tarde a la clínica veterinaria que regía, pero confiaba en que su secretaria y sus dos empleados pudieran lidiar con la situación. Aún vestido con las ropas del día anterior se dirigió a asearse en el baño. Se lavó la cara con agua abundante, se peinó y nuevamente se enjuagó la cara para afeitarse. Su rostro era severo, como una escultura a la que habían modelado en vida con martillo y cincel, recordaba al Moisés de Miguel Ángel, que no gastaba mejor humor que él con la resaca. Después del afeitado se aplicó crema de aloe vera por la cara, se sintió aliviado. Entonces se dirigió a la cocina, tomó otra vez el bol de Rufus y lo llenó de las galletas que Rufus podía consumir en masa. El perro lo miró con rostro de incredulidad, después de

las delicias que probó la noche anterior. - Todos los días no es fiesta amigo-. Dijo mientras guardaba el saco de comida canina en su sitio. Él cruzó la casa con paso firme, seguido de su perro, el cual podría continuar jugando gracias a la larga correa que le sujetaba. Le dejaron su comida en el suelo, cerca de su aleta y su dueño se largó en un todo terreno.

Al cabo de media hora aparcó el coche cerca de la consulta médica. Se puso las lentes para poder trabajar mejor, pues su miopía no era demasiado importante. Entró en la consulta con un saludo gentil a sus trabajadores y a los pacientes que hacían cola. Ofreció algunas galletas a los dos canes que se encontraban en espera y después se vistió la bata en el vestuario. Se colgó la chapa que ponía Dr. Spencer Black y empezó su rutinario día en la consulta. Al parecer durante toda la mañana no hizo más que vacunar gatos y recetar medicamentos a perros. El ritmo de trabajo fue aminorando a medida que menos pacientes quedaban. A la hora de cerrar durante el mediodía se sentía demasiado resacoso y cansado como para seguir trabajando. - Damas y caballeros, me voy a casa, os dejo la faena a vosotros. Tomad, un extra por las molestias-. Dejó sobre el mostrador un billete de cincuenta euros. Esperaba oír a sus espaldas como se matarían entre ellos por repartirse ese dinero.

El propietario del negocio abandonó el lugar con la cabeza baja y la bata puesta, era tiempo de lavarla después de tantos usos. Volvió a tomar el todo terreno y encaminó el camino de regreso a casa. Cruzó la puerta de entrada, tras bajar del vehículo, a los pocos pasos de recorrer el jardín se encontró con su Can Cerbero, el cual estaba preparado para llenarlo de babas. - Hola Rufus, hola, hoy no hace sol para tumbarse, eh-. El perro bajó la cabeza como si estuviese triste por algo.

Spencer entró en la casa con paso decidido, no hubo dado dos pasos dentro del recinto cuando algo le golpeó la cabeza por detrás. - No es posible, que seas tu...-. El veterinario cayó al suelo después de escupir esas palabras de sus labios.

Solo una persona conocía de su guarida, era Patricia, la mujer que hizo que él perdiese la razón por un amor imposible. - Mataste a mi padre, maldito bastardo, no tengo pruebas pero sé que has sido tú, algo me lo dice-. Le acusó ella sin más fundamento que la creencia. - Patricia, que bellas pudieron ser las cosas, pero que triste que no lo hayan sido-. Spencer que había perdido la capacidad de moverse debido a un impacto en un punto estratégico solo podía observar sus bellos y caros zapatos de marca.

- Terminemos con esto rápido-. La ex pareja del veterinario mostró una caja de cristal con la que había llegado al lugar, en ella tenía una araña bananera. Con unos gruesos guantes puestos, la dejó caer sobre el cuerpo del hombre, que en un tiempo pretérito la amó, segundos después la araña picó al veterinario y Patricia había desaparecido de su vista. -

Rufus, no sé que me ha picado, huye al monte antes que ella te mate a ti también, corre-. El perro le lamió la cara.

Minutos más tarde empezó a sonar la última composición musical que Spencer escucharía en su vida, Las Walkirias de Wagner. - Este diario me lo quedaré como prueba contra ti en la denuncia por asesinato, he ojeado que tomaste nota de la charla con mi padre-. Desafió Patricia al moribundo intelectual. No hubo respuesta por parte del humano, Rufus estaba demasiado ocupado lamiendo el rostro del Dr. Black como para que hiciera algo al respecto.

Antes de irse, la mujer fatal arrastró el cuerpo del aristócrata al sillón que se encontraba delante de la chimenea, y sentado en esa posición descansó en paz hasta que la policía dio con él semanas más tarde. Un vendedor ambulante encontró la puerta de la casa abierta, se acercó al difunto y salió despavorido delante del furioso Rufus que esperaba que su dueño despertase de su letargo. El perro le ladraba tres veces al día, una vez salía el sol para ver si despertaba, a la hora de comer y cuando el sol se escondía en el horizonte. El peludo guardián dormía a sus pies, reservando su turno para recibir toda su atención. Solo se movía del lugar para hacer sus necesidades o comer la poca comida que le quedaba en el bol. Cuando la justicia llegó al lugar retiraron el cadáver y precintaron la casa.

Rufus fue acogido enseguida por una familia con niños que jugaban con él siempre. Pero el perro se mostraba indiferente, triste, en los días lluviosos dormía cerca de los radiadores, aunque siempre buscaba algún lugar donde encajarse.

Meses más tarde, durante un paseo por las montañas en el que llevaron a Rufus sin correa durante un tiempo, el perro ya viejo provocado por el agotamiento de no tener a su dueño cerca se fugó. Los ños lloraron al ver como el cánido se alejaba de ellos entre la maleza, el animal corrió con todas sus fuerzas, pues esos caminos le eran conocidos. Él sabía hacia donde debía ir, al caer la noche derrapó por un terreno escarpado y cayó exhausto al borde de una piscina sin agua. Al otro lado de la piscina se encontraba la puerta ansiada. Entró en la cocina por detrás, la casa del doctor Spencer Black había sido saqueada sistemáticamente, no quedaban ni los clavos de las paredes, ni siquiera el sillón donde su dueño se sentaba a observar el fuego. El perro olisqueó el lugar, aún quedaba una brizna del olor a las mascotas que visitaban la clínica. Rufus finalmente admitió que no vería jamás a su dueño, el perro se lamentó profundamente en la desesperación, y así acabó sus días, tumbado frente a la chimenea sin moverse, temblaba de miedo y de tristeza, el blanco de sus ojos se enrojeció de la tristeza que sentía. Seguía esperando a su amigo desde el fondo de su corazón.

Acerca del diario que Patricia se llevó, éste carecía de una foto de Spencer y Rufus que se encontraba en el compartimento de almacenar su comida. Detrás de la nota estaba garabateado con bolígrafo "Amigo incondicional".

Años más tarde la lujosa casa fue derribada, otra fue erigida en su lugar, pero era poco el tiempo que pasaban los inquilinos en ella, pues por las noches se podía oír a un perro ladrar o el Parsifal de Wagner...

6/11/2015

Segundo relato